

# Edmundo O’Gorman: hombre de ideas, hombre de vida (1906-1995)



JORGE ALBERTO MANRIQUE

Comentaba Edmundo O’Gorman que proponer una filosofía de “riesgo vital” no podía hacerlo quien practicara una vida pusilánime, tranquila, morigerada, de cuidadosas horas para comidas y medicinas.

Ese hombre, que fue sin duda una de las personalidades intelectuales más destacadas de nuestro siglo, si bien no tuvo una biografía de aventuras, crímenes o revoluciones, ni fue perseguido ni conoció cárceles, sí vivió una vida plena, apasionada, polémica, rica en relaciones personales, con amores y con enemistades consistentes. El modo riesgoso de su pensar y de su hacer historia se compagina con la vida desenvuelta que llevó en su juventud y en su madurez. Y aun ya en la vejez —como le dije alguna vez públicamente— “león viejo, tenía la melena encanecida pero la garra todavía terrible”.

Edmundo O’Gorman y O’Gorman debía su doble apellido irlandés a la circunstancia de que una parte de su familia, la materna, había venido a México al negocio de minas apenas después de la Independencia; don Cecil, su padre, también técnico en minas, cuya familia no había perdido contacto con la parte de ella que había emigrado al otro lado del Atlántico, llegó tres cuartos de siglo después y casó con una prima lejana, Asunción, del mismo apellido.

Don Edmundo, nacido el 24 de noviembre de 1906, recordaba mucho a su padre y reconocía, más mientras más él envejecía, cuánto había influido en su formación. Sin duda la personalidad de don Cecil marcó a sus hijos; su amor por la pintura (él mismo fue un delicado artista) llevó a Juan a ser el destacado arquitecto y pintor que fue y a Edmundo a saber gozar y apreciar el arte, e incluso a practicarlo durante algunas temporadas; su gusto por la lectura y por la historia y su amistad con historiadores serían determinantes en el desarrollo intelectual de Edmundo.

Después de estudiar en escuelas particulares y de pasar exámenes en la Nacional Preparatoria (en San Ildefonso) para poder tener el grado de bachiller, ingresó a la Escuela Libre de Derecho, donde obtuvo el título de abogado. Su trato

con el derecho no fue un simple paso obligado: fue un trato profundo. No sólo practicó la abogacía en forma brillante por una década, sino que su práctica posterior de la historia a menudo está estructurada en forma de alegato jurídico y sus numerosas y famosas polémicas también semejan requisitorias de tribunal. Él mismo se complacía en hacer notar esa característica.

Pero el hombre estaba picado por la historia. Ya en 1937 publica, como parte de un homenaje a la Escuela Libre de Derecho en sus veinticinco años, su *Breve historia de las divisiones territoriales...*, primera obra que publicó, y que es un trabajo que une lo histórico con lo jurídico.

En la editorial-imprensa Alcancía, empresa cultural que fundaron y mantuvieron él y su amigo desde la adolescencia Justino Fernández, además de publicar poesía de vanguardia (García Lorca, Nicolás Guillén, Renato Leduc...) se publicó, también en edición reducidísima, con prólogo suyo, la *Relación del Conquistador Anónimo* en 1938. Ese año es el del cambio de vida de O’Gorman: abandona la abogacía y sus éxitos en los tribunales, ingresa como subdirector al Archivo General de la Nación e inicia una larga serie de publicaciones de documentos en el *Boletín* de éste, que continuarán durante diez años. Simultáneamente publica artículos de temas históricos en revistas de cultura, asiste a congresos, ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras, con lo que establece su relación con la Universidad, que mantendrá hasta su muerte. Vale señalar el prólogo a su edición de la *Historia natural...* de José de Acosta (Fondo de Cultura Económica, 1940) donde ya están presentes los principales elementos de su método y de su pensamiento histórico. Realiza también una serie de importantes traducciones de textos filosóficos e históricos (Adam Smith, Hume, Figgis...)

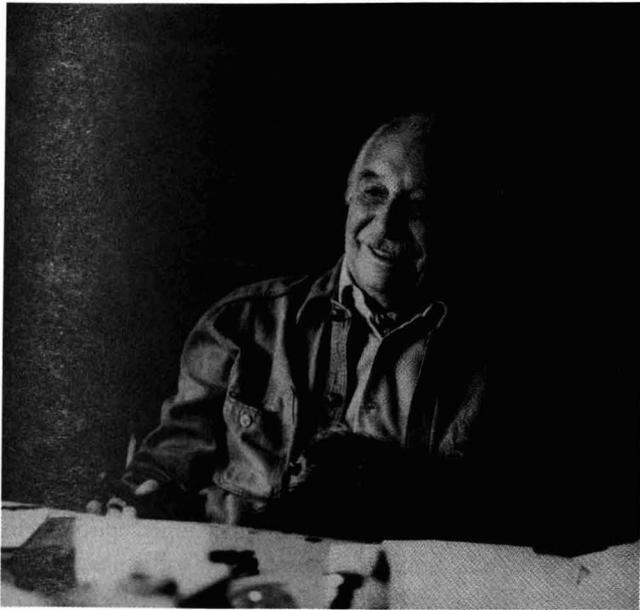
La presencia de los intelectuales españoles trasterados a México propicia un buen campo de cultivo para sus ideas. Entre ellos sobre todo el filósofo José Gaos, discípulo prominente de Ortega y Gasset —a quien los mexicanos leían con

gran interés—, con el cual O’Gorman y Justino Fernández establecieron por toda la vida una fructífera amistad.

En 1942 aparece *Fundamentos de la historia de América*, primero de los textos del *corpus* del pensamiento histórico filosófico de Edmundo O’Gorman. El segundo, el más estrictamente teórico en el plantear una nueva manera de hacer historia, es *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, de 1947. Le sigue en 1951 *La idea del descubrimiento de América* y su complemento y culminación es *La invención de América*, de 1958.

Las ideas de O’Gorman tienen que ver con la filosofía vitalista de Ortega y Gasset, con las corrientes de la filosofía existencialista de Heidegger, pero también con la filosofía de la Ilustración y con Vico. A partir de su profundo conocimiento de la filosofía y de su comercio constante con los autores de historia —desde los mismos Herodoto y Tucídides, a quienes editó y prologó— O’Gorman crea su propia teoría del que-

Regelio Cuéllar



hacer histórico, seguramente la más importante que se haya hecho en México y una de las más destacadas en el siglo.

No me sería aquí posible referirme a esa teoría. Pero señalaré sólo que su historicismo parte del principio de que no es posible hacer historia sin preguntarse profundamente en qué consiste esa tarea, y sin reflexionar sobre las cuestiones fundamentales de ella. Así, el *hecho* histórico es siempre necesariamente una interpretación, y como tal es variable según el tiempo, la circunstancia y el individuo que la realiza; que la historia no está sino en nuestra memoria, y por lo tanto depende de nuestras necesidades anímicas cambiantes; o aceptar la contingencia como parte del devenir histórico y entender que hacer historia es una manera de preguntar por nosotros mismos así como una manera de expresarnos. De tal modo, la historia es para él una ciencia si atendemos al rigor con que debe practicarse, pero no una ciencia equiparable a las ciencias naturales o exactas.

Sus ideas causaron rechazo, sobre todo en los historiadores tradicionales, mientras atraían a los jóvenes y los estudiantes. La práctica de la historia fue cambiando gracias tanto a su cátedra y sus seminarios en la Facultad de Filosofía y Letras (y en la Universidad Iberoamericana) como a la influencia de sus libros, artículos e intervenciones en congresos. Pronto alcanzó un prestigio internacional y fue invitado a dar conferencias en Universidades de Estados Unidos y de España, y conoció la edición en inglés de *La invención...* traducida por él mismo. Fue comentado, favorable o desfavorablemente, por historiadores de muchas partes del mundo.

Su enorme capacidad de trabajo lo llevó a publicar en ediciones anotadas que propusieron nuevas interpretaciones y lecturas a una buena cantidad de clásicos de nuestra historia, muy especialmente a Motolinía (los empeños de O’Gorman culminaron en la reconstrucción de lo que debe haber sido su obra perdida), a Bartolomé de las Casas, a fray Servando Teresa de Mier... Varios de esos trabajos los hizo con los miembros de sus seminarios de historiografía, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como, después, en la Universidad Iberoamericana.

En todos sus numerosísimos trabajos puede encontrarse siempre la práctica de sus principios, el rigor en la investigación, la novedad de sus hipótesis y la solidez en el desarrollo de su idea. Dada su personalidad, no rehuyó a las polémicas, en las que era temible por la contundencia de sus argumentos, la elegancia de su escritura y la capacidad de ironía.

A algunos trabajos suyos, más personales, les tenía un cariño especial, como *Fray Servando, el heterodoxo guadalupano* (1981), o bien *México, el trauma de su historia* (1977), así como *Destierro de sombras*, sobre el origen y culto de la Guadalupeana (1986).

Edmundo O’Gorman, maestro y doctor en historia, fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Universidad Iberoamericana, miembro del Instituto de Investigaciones Históricas, miembro honorario del Instituto de Investigaciones Estéticas. Fue Profesor Emérito y Doctor Honoris Causa de nuestra Universidad; también fue emérito de la Iberoamericana. Fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia, de la cual sería director, y también de número de la Academia Mexicana. Entre las numerosas distinciones a que se hizo acreedor están el emeritazgo del Sistema Nacional de Investigadores, el premio Rafael Heliodoro Valle y el Premio Nacional.

Todos esos reconocimientos no son sino una consecuencia natural de su personalidad intelectual. Los hubiera tenido o no, su gran mérito reside en algo más substancial: su pensamiento teórico, su infatigable y riguroso quehacer histórico, su formidable labor magisterial a través de varias generaciones de discípulos. Yo agrego: su gran calidad como amigo.

“Sin ser hombre de mundo —dijo Gaos y lo recordó Justino Fernández en un homenaje a O’Gorman en 1968— no se puede ser gran historiador.” Él lo fue. ♦

Noviembre 1995